

Transgresiones de la sensibilidad

La miel o las nueces que les añadía

Transgresiones de la sensibilidad

Pasando

de cuerpo entero y medio perfil con su natural prontancia, tan acorde con el ambiente lúctico de nuestro conador de realzarse nobles y cortineros de brecaño — donde, representando a un caballo con toda la barba ataviado con el traje de lino que una vez acordado las mangas le quedaba maravillosamente bien, hacia un momento del todo bajo la barba las amigas venezolanas — pero tan fuera de lugar en contextos así lo que, por problemas logísticos que aparecieron a última hora y se hacía necesario solventar de forma a veces no poco chapucera, le tocaba desmenujar cualquier cosa de los tantos objetos insignes que todos estos trayes cambiados escapanse de propósito.

Se giraba entonces por completo hasta quedar, con manteniendo la cabeza bien erguida, totalmente de espalda y, cuando se le podía que por favor no exagerase, todavía la estaba un poco más hacia atrás de manera que se le veía la incipiente calva.

¿Había que ponerse así?

No era asunto suyo saber cómo había o no que colgase, respondía, con sequedad y sin fines.

¿Por qué adoptaba aquella actitud?

Ignoraba, sabía, cuál pudiera ser la que mejor se adecuara a un individuo que ejercía tal o cual profesión tan vergonzosa.

“Tal o **quá, qué**”, se le recordaba. Estábamos hablando de una profesión muy preciosa.

Y tanto, recalaba él con amargura abarandando, acto seguido, en que hasta tal extremo necesaria que no había que preocuparse: alguien, antes o después, terminaría doblando el cepillo...

Pero las tareas ya estaban en esta ocasión, por favor, entendiéndose algunas y todo el mundo hasta el cuello de trabajo, pero sería lo natural que al recibir llegado y todavía sin una pizca en prop...

¿Que no?

Estaba bien, pero, ¿qué era lo que quería entonces?

Silencio obstinado.

¿No ser realle?

Positivamente en bandeja — sí, saberlo o adrede porque como todos las un poco casadas solía el tray trabajo, como decía oportunado el abuelo, caer bastante bien — la ocasión que sabía si no desdichado de hacerse con un

¡¡¡ Cielos, pues el amo que real!!

Porque la tía Nines, lo habrá comprendido todo el mundo, era gordita... por decirlo suave. Pero nadie piense que era una de esas gordas despachurradas y destartaladas y sebosas.



No. La tía Nines era una verdadera monería de gorda; sí, con su cinturita bien marcada, y sus tobillos finos y sus tacones de aguja; con sus t... su busto firme y muy bien colocado y sus manos tan finas y aquella boca tan bien dibujada y aquellos ojos suyos con aquella mirada tan vivaz y

tan...

Era, además, muy simpática... a su manera, claro, un tanto peculiar de igual modo que era, ya se ha dicho, una “casi preciosidad” pese a gordita; pero: simpática.

Simpática porque siempre tenía en los labios una sonrisa y, en la punta de la lengua, una respuesta ácida con la que hacer las delicias de sus amigas que, hartas de las “frases de molde” — locución acuñada por la propia tía Nines para referirse a las frases hechas con que las amigas y las amigas de las amigas, entre ellas, se martirizaban afables las unas a las otras — la llamaban a ella, por teléfono, para salir de la rutina y dar un giro a sus conversaciones insustanciales.

Así, por ejemplo, si la amiga se decantaba por los trapos, ella, Nines, aprovechaba la ocasión para tirarle de la lengua con *pero, tesoro, tú eso te lo puedes poner; yo, sin embargo, tan gorda...*

La amiga, como es de suponer, se apresuraba a quitarle quilos de aquí y de allá con *pero qué bobada, tú no estás gorda sino apenas un poquit...y*, ella, Nines, sin dejarla terminar, *mira, tesoro, a mí las cosas me gustan bien claritas y deberías saberlo, corazón...* Además — sonriéndole al auricular con **aquellos hoyuelos** — *soy gorda, sí, pero ciega no.*

Aunque no solía ser